



Cerca de Dios y de los hermanos

Día del Seminario 2017

Catequesis para adultos



© Editorial EDICE

Añastro, 1

28033 Madrid

Tlf.: 91 343 97 92

edice@conferenciaepiscopal.es

Catequesis para adultos

0. Objetivos

- Conocer más la figura del sacerdote, sus tareas, su vocación y su ministerio.
- Descubrir una de las tareas esenciales de la vocación sacerdotal: ser mediado entre Dios y los hombres haciendo presente al mismo Cristo.
- Celebrar el Día del Seminario y orar juntos por las vocaciones al ministerio sacerdotal.

1. Sobre el lema de este año

«Cerca de Dios y de los hermanos» es el lema escogido para este año en la celebración del Día del Seminario. El Día del Seminario hace presente cada año la institución de la Iglesia encargada de la formación humana, intelectual y espiritual de los candidatos al sacerdocio.

Con el lema de este año se pretende poner de manifiesto una de las tareas que el sacerdote ejerce en su ministerio. Como todo en la vida del sacerdote, también esta tarea, la de estar cerca de Dios y cerca de los hombres, le viene dada por su identificación con Cristo. Es una tarea propia del Señor, ser mediador entre Dios y los hombres, ser lugar de encuentro, ser hombre plenamente de Dios y, a la vez, plenamente de los hombres.

La cercanía a Dios, de quien recibe el misterio y la propia identidad, se acrecienta con la oración y los sacramentos. La cercanía a los her-

manos se realiza en la propia labor pastoral, en el acompañamiento de las personas que se le confía, y en la oración y celebración de los sacramentos con la comunidad cristiana.

De todos modos es importante decir y tener presente que no se pueden dar estas dos características del ministerio sacerdotal por separado. La cercanía a Dios, el encuentro con Él, la intimidad con el mismo Cristo hará al sacerdote cercano a los hombres y mujeres con los que convive; le hará capaz de ser mediador, verdadero sacerdote. Y, del mismo modo, la cercanía a su hermanos, los hombres y mujeres de este mundo, le hará capaz de, en la oración e intimidad con el Señor, presentar la realidad concreta en la que vive.

2. Escuchando a Jesús

El Evangelio nos cuenta la historia de Jesús, lo que hizo, lo que dijo, con quién habló, con quién caminó por este mundo... Nos muestra, también, cómo es su trabajo, su tarea. Su tarea principal es estar cerca de los hombres y mujeres que le siguen y le escuchan, para hacerles cercanos a Dios. Con sus palabras, con su vida, quiere acercarnos a Dios, hacer presente su reino, proclamar la Buena Noticia, la alegría del Evangelio.

Esta misma tarea la encarga a los discípulos, primero a los apóstoles. Escuchamos el relato de esta llamada y del encargo de esta misión, de esta tarea. Lo encontramos en el evangelio de san Marcos.

Buscamos el texto en la Biblia, que tenemos en medio de nosotros. Nos ponemos de pie y, en silencio, oímos la proclamación del evangelio.

«Jesús subió al monte, llamó a los que quiso y se fueron con él. E instituyó doce para que estuvieran con él y para enviarlos a predicar, y

que tuvieran autoridad para expulsar a los demonios: Simón, a quien puso el nombre de Pedro, Santiago el de Zebedeo, y Juan, el hermano de Santiago, a quienes puso el nombre de Boanerges, es decir, los hijos del trueno, Andrés, Felipe, Bartolomé, Mateo, Tomás, Santiago el de Alfeo, Tadeo, Simón el de Caná y Judas Iscariote, el que lo entregó» (Mc 3, 13-19).

Cuando ha de hacer cosas importantes Jesús sube al monte y reza. La montaña es el lugar de Dios. A lo largo de toda la Historia de la Salvación encontramos que los grandes acontecimientos, las grandes decisiones, ocurren subiendo a la montaña. También lo hace Jesús a lo largo de su vida. Incluso su muerte en la cruz ocurre en el monte.

3. Aprendiendo de sus palabras

En su libro *Jesús de Nazaret* Benedicto XVI comenta el texto que nos sirve para nuestra catequesis. Siguiendo el hilo de su comentario planteamos algunas cuestiones que pueden ayudarnos a profundizar en la tarea mediadora del sacerdote.

En todas las etapas de la actividad de Jesús sobre las que hemos reflexionado hasta ahora se ha puesto en relieve la estrecha relación entre Jesús y el «nosotros» de la nueva familia que Él reúne a través de su mensaje y su actuación. También ha aparecido claramente que este «nosotros», según su planteamiento de fondo, es concebido como universal: no se basa ya en la estirpe, sino en la comunión con Jesús, que es Él mismo la Torá viva de Dios. Este «nosotros» de la nueva familia no es algo informe. Jesús llama a un núcleo de íntimos particularmente elegidos por Él, que continúan su misión y dan orden y forma a esa familia.

Jesús ha inaugurado un nuevo concepto de humanidad, de hermanos. Él es el vínculo entre el cielo y la tierra. Los sacerdotes, por el sacramento recibido, por el ministerio que ejercen, hacen presente su misión.

En este sentido, Jesús ha dado origen al círculo de los Doce. En sus orígenes, el título de apóstoles iba más allá de este círculo, pero después se fue restringiendo cada vez más estrictamente a él: en Lucas, que habla siempre de los doce Apóstoles, la expresión es prácticamente un sinónimo de los Doce. No necesitamos tratar aquí las cuestiones tan discutidas sobre la evolución que ha tenido el uso de la palabra «apóstol»; sólo queremos prestar atención a los textos más importantes, en los que podemos ver la formación de la comunidad más restringida de los discípulos de Jesús. El texto central para ello se encuentra en el evangelio de Marcos (cf. 3, 13-19). En él se dice: «Jesús subió al monte, llamó a los que quiso y se fueron con él» (v.13). Los acontecimientos anteriores se habían desarrollado a orillas del mar, y ahora Jesús sube al «monte», que indica el lugar de su comunión con Dios: un lugar en lo alto, por encima del ajetreo y la actividad cotidianos. Lucas refuerza más este aspecto en su relato paralelo: «Por entonces subió Jesús a la montaña a orar, y pasó la noche orando a Dios. Cuando se hizo de día llamó a sus discípulos, escogió a doce de ellos, y los nombró apóstoles» (*Lc* 6, 12s). La elección de los discípulos es un acontecimiento de oración; ellos son, por así decirlo, engendrados en la oración, en la familiaridad con el Padre. Así, la llamada de los Doce tiene, muy por encima de cualquier otro aspecto funcional, un profundo sentido teológico: su elección nace del diálogo del Hijo con el Padre y está anclada en él. También se debe partir de ahí para entender las palabras de Jesús: «Rogad, pues, al Señor de la mies que mande trabajadores a su mies» (*Mt* 9, 38): a quienes trabajan en la cosecha de Dios no se les puede escoger simplemente como un patrón busca a sus obreros; siempre deben ser pedidos a Dios y elegidos por Él mismo para este servicio.

- Toda misión de Jesús se inicia en la oración, en su íntima relación con el Padre, movido por el Espíritu Santo. La elección de los apóstoles no es la elección de unos “compañeros de fatigas”. Jesús tiene intención clara de instituir un ministerio nuevo basado y fundamentado en su propia misión, en él mismo.

Este carácter teológico se refuerza aún más cuando el texto de Marcos dice: «Llamó a los que quiso». Uno no puede hacerse discípulo por sí mismo, sino que es el resultado de una elección, una decisión de la voluntad del Señor basada, a su vez, en su unidad de voluntad con el Padre. Luego el evangelista sigue diciendo: «Hizo a doce para que estuvieran con él y para enviarlos.» (v. 14). Aquí hay que considerar en primer lugar la expresión «hizo a doce», que no resulta habitual para nosotros. El evangelista recurre a la terminología que utiliza el Antiguo Testamento para indicar el nombramiento de los sacerdotes (cf. *1 Re* 12,31; 13,33), calificando así el apostolado como un ministerio sacerdotal. Pero el hecho de que los elegidos sean nombrados uno a uno los relaciona también con los profetas de Israel, a los que Dios llama por su nombre, de modo que el ministerio apostólico aparece como una fusión de la misión sacerdotal y la misión profética (Feuillet, p. 178).

- La llamada, la vocación a la santidad, es universal. Pero es Cristo mismo quien llama y ordena el modo en el que se ha de alcanzar y vivir esa santidad.

Volvamos a nuestro texto de Marcos. Jesús instituye a los Doce con una doble misión; «para que estuvieran con Él y para enviarlos». Tienen que estar con Él para conocerlo, para tener ese conocimiento de Él que las «gentes» no podían alcanzar porque lo veían desde el exterior y lo tenían por un profeta, un gran personaje de la historia de las religiones, pero sin percibir su carácter único (cf. *Mt* 16, 13s). Los Doce tienen que estar con Él para conocer a Jesús en su ser uno con el Padre y así poder ser testigos de su misterio. Tenían que haber estado con Él —como dirá Pedro antes de la elección de Matías— cuando «el Señor Jesús estuvo con nosotros» (cf. *Hch* 1, 8.21). Se podría decir que tienen que pasar de la comunión exterior con Jesús a la interior. Pero al mismo tiempo están ahí para ser enviados de Jesús —«Apóstoles», precisamente—, los que llevan su mensaje al mundo, primero a las ovejas descarriadas de la casa de Israel, pero luego «hasta los con fines de la tierra». Estar con Jesús y ser enviados parecen a primera vista excluirse recíprocamente, pero ambos aspectos están íntimamente unidos. Los Doce tienen que aprender a vivir con Él de tal modo que puedan estar con Él

incluso cuando vayan hasta los confines de la tierra. El estar con Jesús conlleva por sí mismo la dinámica de la misión, pues, en efecto, todo el ser de Jesús es misión. Según este texto, ¿a qué se les envía? «A predicar con poder para expulsar a los demonios» (cf. *Mc* 3, 14s). Mateo explica el contenido de la misión con algún detalle más: «Y les dio poder para expulsar los espíritus inmundos y curar toda clase de enfermedades y dolencias» (10, 1). El primer encargo es el de predicar: dar a los hombres la luz de la palabra, el mensaje de Jesús. Los Apóstoles son ante todo evangelistas: al igual que Jesús, anuncian el Reino de Dios y reúnen así a los hombres en la nueva familia de Dios. Pero el anuncio del Reino de Dios nunca es mera palabra, mera enseñanza. Es acontecimiento, del mismo modo que también Jesús es acontecimiento, Palabra de Dios en persona. Anunciándolo, llevan al encuentro con Él. Dado que el mundo está dominado por las fuerzas del mal, este anuncio es al mismo tiempo una lucha contra esas fuerzas.

- Una doble misión, inseparable: estar con Él y ser enviado a predicar a los hermanos. Ahí radica la cercanía a Dios y a los hermanos.

4. Para rezar juntos

Después de nuestra reflexión, incluso de nuestro estudio, oramos juntos por los sacerdotes, por las vocaciones al ministerio sacerdotal, por los seminaristas de nuestra parroquia, de nuestra diócesis. Oramos por aquellos a los que el Señor llama y, por cualquier circunstancia, no le escuchan o no responden. Oramos por nosotros, para que estemos atentos a la llamada del Jesús. Lo hacemos con la oración de san Juan Pablo II en la exhortación apostólica *Pastores dabo vobis*.

Oh, María,
Madre de Jesucristo y Madre de los sacerdotes:
acepta este título con el que hoy te honramos
para exaltar tu maternidad

y contemplar contigo
el Sacerdocio de tu Hijo unigénito y de tus hijos,
oh, Santa Madre de Dios.

Madre de Cristo,
que al Mesías Sacerdote diste un cuerpo de carne
por la unción del Espíritu Santo
para salvar a los pobres y contritos de corazón:
custodia en tu seno y en la Iglesia a los sacerdotes,
oh, Madre del Salvador.

Madre de la fe,
que acompañaste al templo al Hijo del hombre,
en cumplimiento de las promesas
hechas a nuestros Padres:
presenta a Dios Padre, para su gloria,
a los sacerdotes de tu Hijo,
oh, Arca de la Alianza.

Madre de la Iglesia,
que con los discípulos en el Cenáculo
implorabas el Espíritu
para el nuevo Pueblo y sus Pastores:
alcanza para el orden de los presbíteros
la plenitud de los dones,
oh, Reina de los Apóstoles.

Madre de Jesucristo,
que estuviste con Él al comienzo de su vida y de su misión,
lo buscaste como Maestro entre la muchedumbre,
lo acompañaste en la cruz,
exhausto por el sacrificio único y eterno,
y tuviste a tu lado a Juan, como hijo tuyo:
acoge desde el principio
a los llamados al sacerdocio,
protégelos en su formación
y acompaña a tus hijos

en su vida y en su ministerio,
oh, Madre de los sacerdotes.

Amén.

5. ¿Y ahora qué? Nuestro compromiso

En la misa matutina en la capilla de la Domus Sanctae Marthae, el pasado 9 de diciembre de 2016, el papa Francisco dijo, especialmente a los seminaristas del seminario de Roma, entre otras cosas:

«¿Cuál es la lógica de Jesús que da la plena satisfacción a un sacerdote?», se preguntó el pontífice, sugiriendo inmediatamente la respuesta: es «la lógica del mediador». Jesús «es el mediador entre Dios y nosotros; y nosotros tenemos que seguir este camino de mediadores y no el otro modelo que se parece mucho pero no es el mismo: intermediarios». Porque, afirmó el papa, hay «diferencia entre un mediador y un intermediario». En efecto, «el intermediario hace su trabajo y cobra su paga: quieres vender esta casa, quieres comprar una casa, yo hago de intermediario y me quedo con un porcentaje; es justo, ha sido mi trabajo». En definitiva, «el intermediario sigue este camino: él nunca pierde».

«En cambio, el mediador —explicó Francisco— se olvida de él mismo para unir a las partes, da la vida, a sí mismo, el precio es ese: la propia vida, paga con la propia vida, con su cansancio, su trabajo, muchas cosas». Y «el párroco», añadió el papa, da la vida precisamente «para unir al rebaño, para unir a la gente, para llevarla a Jesús». Porque «la lógica de Jesús como mediador es la lógica de despojarse de sí mismo». Por lo demás, «san Pablo en la Carta a los Filipenses es claro al respecto: “Se despojó de sí mismo, se humilló a sí mismo” para hacer esta unión, hasta la muerte», y la «muerte de cruz».

Por lo tanto, esta «es la lógica: vaciarse, despojarse». Y «no porque

tú busques esto, sino porque la actitud de mediador te lleva a ello». Es el estilo de la «cercanía: Dios que se hizo cercano a su pueblo, en el Antiguo Testamento, y luego enviando a su Hijo, esa *synkatàbasis* de Dios que se acercó a nosotros». He aquí por qué «el sacerdote es un mediador muy cercano a su pueblo, muy cercano».

- El Señor también llama en la edad adulta. ¿Nos planteamos la vocación al ministerio sacerdotal?
- El Día del Seminario es ocasión propicia para la oración por el seminario diocesano, por los seminaristas, por los formadores.
- ¿Conocemos la institución del seminario?

